

Una decisión de vida

La vida es, queramos o no, un permanente viaje de autoaprendizaje. Todos nacemos torpes y vamos aprendiendo a partir de nuestras experiencias. Pero esas experiencias van generando en nosotros emociones, sensaciones y pensamientos que nos van a ir condicionando la forma de vivir las experiencias futuras. Por eso nos encontramos siempre con personas que parecen sacar mucho “jugo” de sus vivencias, y otras que parecen no aprender nunca de sus errores, y los repiten sistemáticamente.

Construimos cada día el ser que somos a partir de esos 3 elementos básicos: las experiencias, los pensamientos y las emociones. Sabemos que las experiencias pasadas no las podemos cambiar, pero sí los pensamientos y emociones asociadas a ellas. Y eso es lo que nos permite decidir la mirada y la actitud frente a las vivencias que nos quedan por vivir. Tomar pues la decisión de aceptarnos como aprendices permanentes nos va a permitir extraer lecciones de cada situación, y sentir que siempre crecemos y avanzamos, independientemente del tipo de experiencias que nos encontramos en la vida.

Por el contrario, querer ser considerado “maestro”, supone la pretensión de que, con lo ya aprendido y sabido, aunque sea solo a nivel teórico, tenemos las respuestas para explicar los eventos pasados y afrontar los futuros. Y no solo los nuestros, sino también los ajenos. Nuestra actitud interna y nuestra posición vital es, en este caso, la de “enseñar”, mostrar a otros el camino, lo que se supone que deben hacer, porque pensamos que nosotros tenemos ya todas las respuestas. De esa forma, cuando las cosas no se dan como estaban previstas en las explicaciones del “maestro”, será porque algo o alguien tiene la culpa de esa desviación de lo que debería haber pasado. Estas personas viven en permanente contradicción y emocionalmente confrontadas, pues es frecuente que las cosas no sucedan como ello tiene previsto.

La posición del aprendiz, está caracterizada por tener más preguntas que respuestas. Tiene la humildad de aceptar el saber ajeno cuando es mejor que el suyo, sin sentirse inferior por ello. Por eso busca, indaga y encuentra siempre nuevos caminos, nuevos aprendizajes, que convierten a cada experiencia en una oportunidad de aprendizaje nuevo, de crecimiento personal. El aprendiz aprende, el maestro enseña: con esa actitud, espera que aprendan los demás, pero no él. Él ya sabe. Por ello, no pregunta, no escucha, y discute para tener razón. Y esa posición es precisamente la que le impide seguir aprendiendo.

Dado que somos seres imperfectos, hay que suponer que todos nos equivocamos en muchas ocasiones, en decisiones y acciones que tomamos cada día. Se equivoca el que hace cosas nuevas y se equivoca el que, por miedo o rutina, no hace nada nuevo... pero solo aprende realmente el que hace cosas nuevas, el que se atreve a experimentar lo nuevo. El que, por tanto, es capaz de abandonar el territorio del “experto” y se asume como novato de la nueva experiencia.

El aprendiz pone en duda sus certezas y saberes para hacerse nuevas preguntas que le lleven a nuevos caminos. El pensamiento analítico, que profundiza en los hechos, y el pensamiento convergente, con el que tomamos decisiones, necesitan en medio un buen manejo del pensamiento divergente, que es el encargado de buscar nuevas opciones, nuevos caminos, a base de hacerse nuevas preguntas. En caso contrario, frente a una experiencia dada, haremos siempre lo que ya hicimos en ocasiones anteriores, haya sido eficiente o no; haremos lo que ya sabemos hacer. Esto genera parálisis y poca eficiencia en el saber, y mucho sufrimiento en el sentir, cuando se trata de experiencias emocionales.

Por supuesto que todos somos, en algún momento de nuestras vidas, considerados maestros por otras personas. Pero lo relevante es cómo nos asumimos a nosotros mismos. Disfrutemos de esa consideración ajena cuando llegue, pero sin dejar de sentirnos aprendices. En otro caso, el saber ya instalado se convierte en nutriente del ego, ávido de reconocimiento permanentemente, y por tanto en tapón para nuevos aprendizajes.

Por todo ello, la decisión de aceptarnos como seres en permanente aprendizaje resulta ser una decisión vital para afrontar cada día con la emoción de aprender algo nuevo que nos conduzca siempre hacia mayores cotas de felicidad y eficiencia, hacia un mejor vivir, que es de lo realmente importante.

Rafael Calbet

México DF, 9 de abril de 2012